

[1]

Adriana, la niña del armario

Lo que te voy a contar ocurrió así:

—¡Adriana!, ¡Adriana! —la llamó su madre varias veces—. ¿Dónde estás? —volvió a llamarla sin recibir respuesta.

La madre subió las escaleras hasta la planta superior y se dirigió a la puerta de la habitación de Adriana.

—¡Adriana!, ¡Adriana! —siguió llamándola insistentemente—. ¿Dónde estás?

Una voz apagada respondió desde dentro:

—¡Estoy aquí, mamá!

La madre entró en la alcoba, pero no la vio por ningún lado.

—¿Dónde? —preguntó intranquila, sin saber dónde se encontraba exactamente.

Miró en el balcón y, al no verla allí, cada vez más preocupada, volvió a preguntar:

—¡Adriana, hija mía!, ¿dónde estás?

—¡Aquí, mamá!, ¡en el armario!

La madre abrió la puerta del armario con gran preocupación. Allí, sentada en el fondo, con las piernas cruzadas, entre la ropa colgada, se encontraba tranquilamente.

Entonces, la madre recordó las palabras del trabajador social cuando la adoptaron. Les explicaron que había pasado por momentos difíciles en el orfanato y que podía tener algunas conductas peculiares debido a su corto pero intenso pasado.

—Cariño, ¿qué haces aquí? —preguntó la madre, poniéndose en cuclillas para quedar a la altura de su hija.

—Adriana, al encontrarte en el armario, he recordado algo que nos dijeron cuando te adoptamos —continuó—. Dijeron que, a veces, te escondías en los armarios para no pensar en que tus padres biológicos te abandonaron. ¿Es eso cierto?

Adriana bajó la mirada y asintió lentamente. Respiró hondo antes de responder y continuó:

—Sí. Así es. A veces, cuando estaba en mi cama por la noche, pensaba en mis padres biológicos. Me preguntaba por qué me habían dejado en el orfanato y si alguna vez me habían querido. Me rondaban muchas preguntas sin respuesta y eso me hacía sentir aún más triste y sola. Entonces me metía en el armario y allí me veía protegida.

La madre abrazó a Adriana, dándole todo el consuelo que podía ofrecerle en ese momento.

—Adriana —siguió diciendo la madre—, no sé por qué tus padres biológicos tomaron esa decisión, pero quiero que sepas que eso no define tu valor. Tú eres una niña maravillosa y especial, y estoy muy agradecida de que seas mi hija. Aquí siempre serás amada y valorada.

Adriana bajó la mirada y asintió de nuevo:

—Gracias, mamá —murmuró con la voz apenas audible—. A veces es como si esos recuerdos me persiguieran y no pudiera hacer que se fueran. En el armario me siento a salvo como si dentro de él el mundo no pudiera alcanzarme.

La madre sintió una profunda tristeza al escuchar sus palabras. Sabía que su hija, a pesar de su corta edad, había pasado por mucho dolor y que sanar esas heridas llevaría su tiempo.

—Cariño, sé que es difícil, y que esos recuerdos duelen, pero quiero que sepas que estoy aquí para ti. No tienes que pasar sola por esto. Podemos hablar siempre que lo necesites. ¿Te gustaría hacerlo?

Adriana dudó un momento y, luego, asintió lentamente. Levantó la mirada y vio en los ojos de su madre que la comprendía.

—Sí, mamá. Pero a veces no sé cómo explicarlo. Por eso, cuando me meto en el armario, me libero. Cierro los ojos y comienzo a inventarme cuentos. Unos, fantásticos; a veces de hadas, y otros, de monstruos, que ya no me dan

miedo porque el miedo lo perdí cuando me escondía en la oscuridad de los armarios.

La madre sonrió y acarició suavemente el cabello de Adriana. Para ahuyentar sus posibles miedos y ayudarla a liberarse de los malos recuerdos, le preguntó:

—¿Quieres contarme más cosas de tus días en el orfanato?

Adriana se tomó un momento para ordenar sus pensamientos, sintiendo el apoyo de su madre adoptiva.

—Bueno... —empezó con voz temblorosa—. Había una cuidadora muy estricta. Siempre estaba gritando y nunca veía bien nada de lo que hacíamos. Una vez me castigó por algo que no hice. Esa noche tuve tanto miedo que me escondí en el armario, el único lugar donde me supe segura. Allí pude cerrar los ojos y dejar que mi imaginación me llevara a lugares donde nadie podía hacerme daño. En esa ocasión, para no sentirme sola, inventé mi primer cuento de hadas.

La madre apretó suavemente la mano de Adriana conteniendo las lágrimas.

—Lamento que hayas pasado por eso, Adriana. Nadie debió tratarte así. Has vivido situaciones muy difíciles, pero aun así tienes un gran corazón y una imaginación prodigiosa.

La madre sintió una punzada de dolor en el corazón y abrazó a Adriana con fuerza.



—¡Lo siento mucho, mi amor! Nadie te va a hacer daño aquí. Siempre estarás segura con nosotros. No tienes que esconderte más. Y respecto a esa cuidadora, estoy segura de que no pensó en el daño que te hacía. A veces, los adultos cometemos errores que después nos pesan.

Adriana observó cómo a su madre le brillaban los ojos, y le dijo:

—Lo sé, mamá.

La madre continuó:

—Quizá pensaba que estaba imponiendo disciplina, sin darse cuenta de que te causaba dolor y miedo. Los adultos, a veces, no sabemos ver las cosas con los ojos de los niños y, cuando nos damos cuenta, puede ser demasiado tarde. A medida que vayas creciendo, me gustaría que comprendieras que los errores no nos definen, sino la manera en que los afrontamos y tratamos de corregirlos. Todos debemos aprender a rectificar.

—Ya lo sé, mamá —contestó Adriana—, pero ahora me escondo en el armario no por miedo, sino porque en él vivo momentos de fantasía. Me gusta meterme en él para soñar e imaginarme cuentos fantásticos. Justo cuando abriste la puerta estaba viendo cómo un monstruo perseguía a una niña que corría muy rápido para no ser atrapada.

La madre sonrió y acarició su cabello.

—Ya te digo: tienes una imaginación prodigiosa.

Y añadió:

—¿Y qué pasó después en tu cuento?

Adriana levantó la mirada y, con ingenuidad, respondió:

—No lo sé, mamá, porque justo entonces, como te digo, abriste la puerta del armario y me quedé sin saber qué hizo la niña.

—Lo siento, Adriana, no era mi intención. Aunque, por lo que me refieres, parece un cuento algo horrible, ¿no?

—Sí, mamá —respondió pensativa—, pero no todas las historias, como tú dices, tienen que ser felices desde el principio. A veces necesitan sombras para que el final sea más interesante.

La madre sonrió y añadió:

—Tienes razón, cariño. ¿Quieres que inventemos juntas lo que ocurrió después?

Sin contestar a la pregunta, Adriana replicó:

—Mamá, ¿tú te inventabas cuentos cuando eras niña?

La madre sonrió al recordar su infancia.

—Sí, muchos. Recuerdo uno en particular sobre una princesa llamada Lidya. No necesitaba ser rescatada porque era valiente y sabía defenderse. Siempre vencía a los monstruos y salvaba su reino. Pensar en ella me daba fuerzas.

—¿Y vencía a los monstruos? —preguntó Adriana.

—Claro, y también ayudaba a quienes lo necesitaban.

Adriana apoyó la cabeza entre sus manos y preguntó:
—¿Crees que algún día puedo ser tan valiente como ella?

La madre la miró con ternura.

—Ya lo eres, Adriana. No tienes miedo a la oscuridad ni a estar sola. Mientras otras niñas temen a los truenos y a los rayos, tú los miras con curiosidad y asombro. Tu armario es un refugio, y ese armario, para ti, es un lugar mágico donde creas mundos prodigiosos.

Y añadió, sonriendo con dulzura mientras le acomodaba un mechón de pelo detrás de la oreja:

—Cuando estabas aprendiendo a montar en bicicleta y te caíste, te levantaste sin llorar. Eso me impresionó mucho.

—Es que en el orfanato, cada vez que me caía, y fueron bastantes, no se lo decía a nadie —respondió Adriana, encogiéndose ligeramente de hombros y bajando la mirada— porque pensaba que no le importaba a nadie.

—Has aprendido a ser fuerte demasiado pronto —dijo la madre, apretando con cariño la mano de su hija—. Ya no necesitas contener tus dolores en silencio. Queremos que sepas que, en ocasiones, está bien llorar y también está bien pedir ayuda.

—Gracias, mamá —susurró Adriana—. No sé si ya es por costumbre, pero a mí me encanta meterme en el armario. Muchos días, cuando regreso del colegio, subo a

mi habitación y dejo colgado el abrigo en el armario, me encierro en él y me siento aliviada de cualquier contratiempo que haya tenido en clase. Para ello, no encuentro mayor felicidad que contarme cuentos que me invento.

—Entonces, si te parece bien —continuó la madre—, desde ahora me contarás todos los cuentos que tu imaginación invente cuando entres en el armario. ¿Te parece?

—Claro, no solo te los contaré, sino que los escribiré para releerlos una y otra vez contigo.

—Es muy buena idea, cariño. ¡Quedamos en eso!